

JOSEPH GELINEK

Morir *a los* 27



NOVELA

Alguien ha disparado a John Winston, líder de The Walrus, la banda de rock más importante del momento. Las cosas se complican para el inspector Raúl Perdomo cuando un famoso reo se confiesa autor del crimen: Mark David Chapman, el asesino de John Lennon, que lleva treinta años entre rejas por la muerte del líder de The Beatles. Mientras Perdomo trata de esclarecer la verdad sobre la confesión de Chapman, descubre que el asesinato de Winston resucita la leyenda del macabro «Club de los 27», según la cual las estrellas más relevantes de la música moderna mueren a los 27 años en circunstancias extrañas: Jimi Hendrix, Janis Joplin, Brian Jones, Jim Morrison o Kurt Cobain.

«Una vuelta al pasado, un *remember* del tiempo en que la música era también política, religión y modo de vida».

Prólogo

Nueva York, 8 de diciembre de 1980

Son las cinco de la tarde de un agradable día de finales de otoño, en Manhattan. Mark David Chapman, el joven que, cinco horas más tarde, cometerá uno de los asesinatos más recordados de la historia, acaba de obtener el anhelado autógrafo de su futura víctima: John Winston Lennon. John se lo ha firmado a la puerta del Edificio Dakota, donde reside, cuando salía hacia el estudio de grabación.

—¿Es todo lo que quieres? —le pregunta John, nada más estampar su firma y la fecha en la carpeta de *Double Fantasy*, su nuevo LP.

—Sí, eso es todo. ¡Gracias, John! —le responde Chapman, con su voz rasposa y monocorde, contemplando arrobado su preciado trofeo.

A pesar de que el día es inusualmente cálido, Mark —un joven de veinticinco años, corpulento y rechoncho, de mirada espesa, que oculta tras unas enormes gafas ahumadas— va vestido de forma extraña. Lleva ropa interior térmica, gruesos pantalones verdes, camiseta, jersey y un largo abrigo del mismo color que los pantalones, que completa con un gorro de piel sintética, guantes y bufanda. En uno de los bolsillos del abrigo esconde un revólver de morro chato Charter Arms del calibre 38.

Chapman tiene los nervios a flor de piel. Hace un par de horas se ha peleado a voces en plena calle con el *paparazzo* Paul Goresh, sólo porque éste ha descubierto, por su fuerte acento sureño, que el chico no es de Hawai, sino de Texas. Luego, para no despertar sospechas, Chapman se ha disculpado con él, y al enterarse de que le había hecho una foto junto a su ídolo, en el momento del autógrafo, le ha ofrecido cincuenta dólares por la instantánea.

—¡La quiero esta misma noche! —le ha exigido a Goresh, de nuevo levantando la voz.

—Vivo en New Jersey, chico —le ha explicado el fotógrafo—. No puedo entregártela esta noche.

—Entonces, mañana. ¡Mañana vendrás aquí y me entregarás la foto! Dilo. ¡Dilo!

Mark tiene la desagradable costumbre de apremiar a sus interlocutores para que repitan en voz alta las frases que él no quiere que olviden. El mismo lleva varios días recitando interiormente una especie de mantra, inspirado en una novela de J. D. Salinger que le obsesiona desde hace meses: «¡El guardián entre el centeno tiene que morir, el guardián entre el centeno tiene que morir!». Para Chapman, Lennon no es más que un farsante: un activista de izquierdas que predica en sus canciones la renuncia a los bienes terrenales —«*Imagine no possessions*»— mientras lleva el tren de vida de un multimillonario. Tampoco le perdona un verso —Chapman es un cristiano fundamentalista— de la canción *God*: «*I don't believe in Jesús*».

El estrafalario aspecto de Chapman no ha levantado recelo alguno en John Lennon que, incomprensiblemente, vive desde hace años sin guardaespaldas, en la ciudad más peligrosa del mundo. John está eufórico ese día. Se ha despertado a las siete y media de la mañana, en su imponente apartamento de treinta y cuatro habitaciones del Edificio Dakota, y tras ceñirse su quimono negro, ha ido hasta el salón principal para disfrutar de las apoteósicas vistas del *skyline* de Manhattan. Yoko, que se había quedado remolo-

neando en la cama, se une a él al cabo de unos minutos y le sorprende embebido en sus propios pensamientos. ¿Tal vez esté ya rumiando una nueva canción? Tras cinco años retirado de los escenarios —para poder consagrarse de pleno a la crianza de su hijo Sean—, John ha decidido regresar a la creación musical. El LP *Double Fantasy* —que incluye *Woman* y otras de las canciones más memorables del ex Beatle— lleva pocos días en la calle, pero ya está en camino de convertirse en un auténtico éxito de ventas. Animados por la formidable acogida del nuevo disco, John y Yoko se encuentran ya embarcados en nuevos proyectos musicales.

—¿Qué vamos a hacer cuando *Double Fantasy* llegue al número uno? —le pregunta la japonesa.

—Te invitaré a cenar. ¡Quiero empezar a salir contigo! —bromea John.

Lennon ha cumplido cuarenta años el 9 de octubre, y aunque *Double Fantasy* llegará a lo más alto, nunca podrá cumplir su promesa, porque le quedan exactamente catorce horas de vida. A pocas manzanas de distancia, en el Sheraton Center Hotel, hay un joven perturbado, recién llegado de Honolulu, que ha jurado matarle.

Completamente ajeno al destino que le aguarda, John baja con Yoko a desayunar en el café La Fortuna, de la calle Setenta y uno, y allí devora unos huevos Benedict —pan *muffin*, beicon y salsa holandesa— que riega con un capuchino y ahuma con un cigarrillo Gitanes. Después, decide que le hace falta un corte de pelo y no regresa hasta las once a su apartamento, para recibir a la fotógrafa Annie Leibovitz, que le propone posar desnudo en una foto, abrazado a Yoko Ono, vestida de negro. Lennon accede y la fotografía será portada de la revista *Rolling Stone* seis semanas más tarde, pasando a convertirse en uno de los grandes iconos de la historia del rock. A la una de la tarde, Leibovitz abandona el Dakota y le entrega el testigo a Dave Sholin, un periodista de radio que le hace a Lennon la última entre-

vista de su vida. Durante las casi tres horas de conversación, hablan de infinidad de cosas, hasta que por fin John le dice a su interlocutor:

—Mi trabajo no estará acabado hasta que yo no esté muerto y enterrado, ¡y espero que eso sea dentro de mucho tiempo!

Concluida la entrevista, cuando son más o menos las cinco de la tarde, John baja a la calle, le firma su autógrafo a Chapman y se desplaza en limusina hasta el estudio de grabación. A su regreso —diez y cuarenta minutos de la noche— su asesino le está esperando a la puerta del Dakota, para vaciarle el cargador de su revólver. De repente, parece como si el destino le estuviera ofreciendo a John una última oportunidad para salvarse, porque, antes de regresar a su apartamento, Yoko le propone ir a cenar a un restaurante. John se lo piensa durante unos instantes y dice finalmente:

—No, vamos a casa. Me apetece estar con Sean.

Mark lleva varias horas escuchando voces en su cabeza, susurros inquietantes que le atormentan y le dan órdenes, ante las cuales él intenta, en vano, rebelarse.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! —le conminan esos demonios interiores.

Chapman se ha enterado esa misma tarde de que en el Dakota se filmó la película de terror *La semilla del diablo*. Desde entonces, todos los moradores del edificio son sospechosos de mantener relaciones con Satanás. Esto termina de convencer al joven perturbado de que tiene que ser ahora o nunca.

John y Yoko descienden de su limusina blanca y se encaminan hacia el gótico portal del Dakota. La primera en entrar es la japonesa, seguida a escasa distancia de su marido. Acostumbrada a que siempre haya fans a la puerta del edificio, la pareja no se sorprende de la presencia del asesino. Una vez que Lennon está dentro de la arcada principal, Chapman, que ha sido vigilante de seguridad, adopta

la posición de tiro, con las piernas un poco abiertas para lograr un mejor equilibrio, y levanta el revólver, asíéndolo firmemente con ambas manos, en dirección a su víctima.

—¡Señor Lennon! —le grita antes de disparar, y su voz resuena como en una caverna, al rebotar contra los decimonónicos muros de piedra del Dakota.

A John no le da tiempo material para encararse con su asesino. ¡BANG! ¡BANG! Las dos primeras balas le atraviesan la espalda y le destrozan los pulmones. Son proyectiles de punta hueca, letales cuando alcanzan el blanco. ¡BANG! Un tercer proyectil le secciona la aorta y le sale por el pecho. ¡BANG, BANG! Los dos últimos disparos impactan, uno contra una ventana del Dakota y otro contra el hombro de Lennon, con tan mala fortuna que, al rebotar contra el omóplato, la bala le secciona la tráquea.

Tras el ensordecedor estruendo, el insoportable silencio, roto al cabo de unos segundos por el alarido desgarrador de Yoko—«¡HEEELP!»—, que se agacha a socorrer a su marido.

Chapman no huye, sino que se quita el gorro y el abrigo, los deja caer al suelo y permanece en el portal, a disfrutar del espectáculo.

José, el portero del Dakota, corre en dirección a Chapman, le arrebató el revólver y lo aleja de una patada, a varios metros de distancia.

—¿Sabes lo que has hecho? —le grita indignado al asesino.

—Sí —responde Chapman, con una voz tan sosegada y fría que hiela la sangre en las venas—. Acabo de matar a John Lennon.

1

Happy Birthday

Madrid, junio de 2010

—Tengo un candidato para el Midas —anunció con su voz aflautada el subinspector Villanueva por el walkie-talkie.

Era una noche calurosa de junio y amenazaba tormenta en los alrededores del Estadio Santiago Bernabéu, donde los hombres de la Sección de Homicidios de la UDEV —la unidad de élite de la Policía Judicial— habían montado una operación especial. Un confidente a sueldo les había hecho saber que aquella noche podría reaparecer Rafi Stefan, alias Ivo, un peligroso delincuente perteneciente a la mafia búlgara, especializado en falsificación de entradas, que el año anterior había asesinado a un hinchado del Real Madrid de un solo hachazo en la cabeza.

Ni siquiera a los socios del F. C. Barcelona les había parecido aquélla una buena noticia.

Los hechos habían tenido lugar a plena luz del día, en las cercanías del estadio, mientras Ivo practicaba la reventa a bordo de una desvencijada furgoneta blanca, y la brutal agresión la habían presenciado al menos dos docenas de testigos, que hacían cola ante él para comprar entradas para la Final de la Champions League. A dos de ellos, los sesos de la víctima les habían salpicado en plena cara.

Tras descender del vehículo para partirle la cabeza en dos a un jubilado (que se negaba a abonarle el abusivo im-

porte de las localidades), Ivo había vuelto a subir a su cochambrosa furgoneta y se había alejado del lugar del crimen a uña de caballo. Ninguno de los testigos había osado detenerle ni perseguirle, e Ivo había permanecido oculto, en paradero desconocido, durante casi un año. Ahora, tal vez acuciado por las necesidades económicas, había resuelto volver a las andadas.

—Dame la descripción del sospechoso, antes de someterlo al Midas —ordenó a su ayudante el inspector Perdomo, al frente de todo el operativo policial—. No quiero que mañana nos saquen en primera página de los periódicos, por haber dado el coñazo al personal en vano.

Villanueva tardó un rato en responder, seguramente porque estaba elaborando una lista mental de todos los rasgos físicos del sujeto. Perdomo, impaciente, le presionó con una pregunta antes de que Villanueva hubiera atendido su petición.

—¿Ha sonreído?

Una de las claves para reconocer a Ivo eran sus dientes de oro. Con toda probabilidad, el búlgaro se habría ocupado de alterar su aspecto físico con motivo de su reaparición estelar, el día del concierto de The Walrus, que había despertado una enorme expectación. Resultaba fácil dejarse barba o bigote o cambiar de estatura mediante zapatos con alza —los célebres Sarkozys, como empezaba a llamarlos mucha gente—, pero arrancarse todas las fundas de oro de los dientes delanteros era algo que sin duda se le habría hecho muy cuesta arriba. Ivo estaba más orgulloso de su dentadura que David Beckham de sus tatuajes.

—¡No hay forma de que sonría, el cabronazo! —respondió contrariado el subinspector Villanueva—. Y eso que motivos tiene, porque la zona en la que me encuentro está infestada de tenderetes, en los que se venden los objetos más delirantes. Hay un chino que vende perros mecánicos, que levantan la patita y expulsan un líquido amarillo...

—¿Perros que hacen qué? —interrumpió Perdomo, estupefacto.

—Perros que mean, jefe, sólo me estaba haciendo el fino. ¡Pero es como te lo estoy contando! Y sin necesidad de árboles, ni de farolas. El chino les da cuerda, los pone en el suelo y los chuchos dan cuatro pasos y sueltan una meada que llega hasta el paseo de la Castellana.

—¡No te quedes conmigo!

—No es coña, ¿a que no, Charley?

El agente interpelado, en línea con Perdomo y Villanueva, tardó en responder.

—Charley, ¿estás ahí? —le preguntó de nuevo el subinspector.

—Sí, jefe, estoy aquí —dijo el otro, al fin—. Estaba hablando con mi chica por el móvil. Tiene un globo de narices porque hoy es mi cumpleaños y quería estar conmigo.

—¡A tu chica que le den, nosotros estamos primero! —intervino Villanueva—. En cuanto trinquemos al búlgaro, nos vamos de cañas, que tienes toda la vida para estar con ella y a nosotros quién sabe cuándo volverás a vernos. Además, estoy deseando darte tu regalo: el DVD de *The Walrus ¡Live in Buenos Aires!* Se lo acabo de comprar a otro chino, al módico precio de cinco euros.

—¡Un subinspector de policía trapicheando con música pirata estando de servicio! —exclamó Perdomo—. ¿Qué me falta ya por ver?

—Si estuviera editado, lo hubiera comprado por lo legal, jefe. Pero esto es material inédito. ¡El concierto fue la semana pasada, y ya lo tenemos en España, con carátula y todo!

—¡*Happy Birthday to you!*, querido Charley —dijo Perdomo, que ignoraba que el agente estaba de fiesta.

—¡Gracias, jefe! —dijo el agente—. Y gracias también a usted, subinspector. ¡Dicen que el concierto de Buenos Aires fue la leche!

—¡Se terminó la conversación sobre el DVD pirata de los cojones! —zanjó Perdomo—. ¡Me vais a obligar a llevaros a Jefatura, a ti, a Villanueva y al chino que los vende! ¿Qué pasa con el búlgaro?

—Esto está mal iluminado —se justificó Villanueva—, pero por lo que he podido ver, se ha dejado el pelo largo, lleva unas Ray Ban oscuras y va embutido en un traje, para mí que de Armani, con chaleco incluido. Y hace un rato ha sacado un iPod y se ha puesto a escuchar música.

—¿Dónde está ahora? —Perdomo empezaba a salivar, presintiendo una captura inmediata.

—Lo tengo a treinta metros, jefe —dijo el subinspector—. Debe de estar esperando algo, porque no hace nada. Es como una estatua, plantado en la acera frente a la torre A, la que hace esquina con Padre Damián y Concha Espina. Si yo estuviera al mando, pasaba del Midas y me lo llevaba detenido a la UDEV en este mismo instante. Tiene una pinta de búlgaro que no puede con ella.

Perdomo ni siquiera perdió el tiempo en preguntarle en qué consistía tener «pinta de búlgaro» y dio una orden tajante a Villanueva.

—Negativo. Hacedle el Midas. Si resulta que no es el que buscamos, podemos seguir con la batida dentro de diez minutos.

Midas era el acrónimo de *Mobile Identification At Scene* y servía para designar un novedoso dispositivo ideado por los británicos, similar a una BlackBerry, con el que se podían tomar in situ las huellas dactilares de un sospechoso y enviarlas inmediatamente por línea de datos a la central para su identificación. Era tan polémico que los periodistas españoles habían hecho equivaler sus siglas a las de Mecanismo Ilegal de Detención Arbitraria y Suspica.

—¡No le veo! —gritó alarmado Villanueva por el intercomunicador de radio.

Perdomo no daba crédito a lo que acababa de suceder.

—¿Cómo que no le ves? ¿No decías que era una estatua?

—¡Pues ya no está, el hijo de puta! —exclamó el subinspector—. He desviado la mirada unos segundos para reseñear el Midas y cuando he vuelto a subirla, ¡lvo había desaparecido!

—¡Eso no puede ser! —vociferó Perdomo—. ¿Cuántos hombres tienes en la torre A?

—Uno, sin contar con Charley, pero me había pedido permiso para ir al servicio y se lo he dado. ¡Los putos perros del chino dan unas ganas de mear que no te imaginas! ¡Espera, ya le veo! Va derecho a la puerta 58, se va a meter en el estadio. ¡El tío se mueve a una velocidad increíble, parece que en vez de piernas estuviera usando un carrito de golf!

—¡Trincadle! —ordenó Perdomo—. No esperemos más. Y cuando le tengáis, ni Midas, ni Modas. Me lo esposáis bien esposadito y me lo lleváis a la UDEV echando leches.

—¿Y tú? ¿No vienes?

—No, si te parece me quedo aquí hasta que encuentre perros que hacen caca, ¡no te fastidia! ¡Joder! Para una vez que podía haber visto gratis un partido de Copa de Europa y resulta que lo que me voy a tragar esta noche es un puto concierto de rock. ¡Me encanta!

2

We will rock you

Perdomo y sus hombres entraron al Santiago Bernabéu y decidieron dividirse para optimizar la búsqueda del sospechoso. Charley, el oficial de policía, fue enviado a lo más alto del estadio, la zona del tercer y cuarto anfiteatro.

—Yo pensé que por ser mi cumpleaños me ibais a mandar al palco —bromeó mientras iniciaba una ascensión que prometía ser interminable.

A Villanueva le tocó la grada y los dos primeros anfiteatros y Perdomo decidió rastrear directamente el terreno de juego, que era donde se concentraba la mayor parte del público.

—Vas a las localidades más baratas, donde todo el mundo está de pie —le aclaró Villanueva con la expresión de un vendedor picaro que hubiera conseguido timar a un cliente con la entrada.

El interior del estadio parecía el decorado de una película de ciencia ficción. Miles de luciérnagas blancas —a Perdomo le parecieron millones— centelleaban sobre las cabezas de los espectadores, creando una atmósfera de cuento futurista. En un primer momento, los policías pensaron que se trataba de... ¿bombillas de Navidad en junio?... pero enseguida advirtieron que lo que brillaba con luz propia eran pequeñas morsas blancas, de plástico traslúcido, cosidas a la parte superior de una gorra de visera que los miles de seguidores de The Walrus habían adquirido en los

puestos oficiales de *merchandising*, al módico precio de veinte euros. La morsa luminiscente era Walry, la mascota del grupo, y en muy pocos meses se había hecho tan popular en todo el mundo como la lengua de los Rolling Stones o los cuernos de diablo de AC/DC.

—PERDONE —le preguntó vociferando Perdomo a una madurita de uno sesenta de estatura y noventa kilos de peso que tenía la gorra en la mano, en lugar de puesta en la cabeza como la mayoría de los espectadores—. ¿DÓNDE PUEDO CONSEGUIR UNA DE ÉSAS?

Había que hablar a gritos, porque aunque el concierto de The Walrus aún no había comenzado, la megafonía del estadio estaba atronando al personal con cientos y cientos de decibelios de música grabada, que Perdomo no hubiera podido reconocer ni aunque le hubiera ido la vida en ello. A él que no le sacaran de los Beatles y Bob Dylan. Sobre el escenario, un auténtico hormiguero de eléctricos y tramoyistas estaba terminando de poner a punto, a marchas forzadas, la mastodóntica parafernalia de luz y sonido que empleaba The Walrus en directo; todo ello, tras haber tenido que desmontar, previamente, el más modesto equipo que habían utilizado los teloneros del concierto.

El policía, con su gorro y su gabardina beige (el parte meteorológico había anunciado tormenta inminente) parecía más la caricatura de un detective que un verdadero aficionado al rock and roll. Enseguida decidió que tenía que mimetizarse lo antes posible con el entorno, para que el búlgaro no pudiera detectar su presencia. En su fuero interno, albergaba esperanzas de poder comprarle la gorra a la mujer, en vista de que ésta no la estaba usando.

—¿Quiere una gorra? —respondió la gorda, con una sonrisa forzada—. ¡Le diré dónde las venden en cuanto deje de martirizarme el pie!

Perdomo miró hacia abajo y observó que lo que él había tomado como un montículo de hierba era, en realidad,

el pie izquierdo de la buena mujer, sobre el que estaba descargando sus cerca de ochenta y cinco kilos de peso.

Cuando el inspector liberó avergonzado a su presa, la gorda se quitó una de las bailarinas de color rosa que calzaba y agarrándose al policía con una mano, para no perder el equilibrio, empezó a masajearse con la otra la extremidad que le había triturado.

—¡Qué hijo de puta! —masculló entre dientes, pero de forma que su protesta fuera claramente audible para su involuntario agresor—. ¡Para un día que paso de botas y me pongo manoleínas!

—¿Se encuentra bien? —preguntó, violento, Perdomo—. Si quiere puedo acercarme al puesto del Samur y que vengan a hacerle una primera cura.

La mujer no respondió al ofrecimiento, aunque se frotaba el pie dolorido con tal saña, que con sus vaivenes parecía capaz de hacerle perder el equilibrio al inspector. Perdomo aprovechó esos segundos de mutismo para observarla más de cerca. Lo que le había parecido un imaginativo traje de colores era en realidad un vestido de dos piezas hecho con condones. La parte de arriba era como una camiseta de tirantes, confeccionada con preservativos sin desenrollar, y la de abajo consistía en una falda larga, en la que los preservativos, ya estirados y colgando de la punta, trataban de emular los volantes de un traje de flamenca.

Al ver que Perdomo miraba, entre perplejo y extasiado, aquel extravagante modelo, la mujer bajó el pie al suelo, como dando por terminado el automasaje, y declaró:

—Desde mi altura es difícil determinar si me está mirando las tetas o el vestido, así que dígame en lo que está pensando.

Antes de que Perdomo pudiera responder, ella se adelantó:

—Es broma, estas tetas ya no despertarían el interés ni de Silvio Berlusconi. Miraba el vestido, ¿verdad? Es de Adriana Bertini, una diseñadora brasileña, amiga mía, que